

JUSTO NAVARRO

Gran Granada



1963: un abogado amanece muerto en un hotel, en la gran Granada gris del año de la inundación, y los suicidas le irán arrebatando a la policía el monopolio de la muerte violenta. Si la realidad fuera menos real que cinematográfica, se hablaría del caso de los solteros suicidas.

¿Cómo lo ve desde sus gafas de trece dioptrías el viejo comisario Polo, ingeniero de telecomunicaciones, visionario de la vigilancia, profeta del espionaje televisual y telefónico? Hombre de bien, saluda la futura transformación del Estado Policía en Sociedad Policía. Quiriendo saberlo todo, sabe que a partir de cierto límite es mejor creer que averiguar, e indaga en unas muertes que de ningún modo pueden ser asesinatos: el jefe del Estado y su carrusel de jercas están a punto de desembarcar en la provincia inundada.

Hay dos mujeres. Hay dos amigos íntimos, pertenecientes a lo que el más ocurrente de los dos llama el círculo homosexual: el mundo de un solo sexo, exclusivamente masculino y patriarcal, de quienes dirigen la ciudad críptica. Son los años felices de la angloamericanización electrónica y la conquista soviético-americana del espacio, el *pinball* y el *jukebox*, el origen del futuro, y los garantes de la Ley no dudan en utilizar el crimen para salvaguardar el orden.

Hace veintiún años, Justo Navarro publicó una novela excepcional, negra y maldita: *La casa del padre*, situada en los años de la Segunda Guerra Mundial. Vuelve ahora al mismo mundo, por el que también han pasado veintiún años: ya es 1963 y la vida y la muerte se han modernizado.

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Agradecimientos

Sobre el autor

Alle cinque della sera i ragazzi di
Granada,
alle cinque della sera van in giro coi
bluejeans.

Alle cinque della sera i jukebox a voce
piena,
a Madrid e a Barcellona fanno rock.^[1]

MILVA / Cariaggi, Malgori, 1961,
Flamenco Rock

¡Oh, el gramófono! ¡Qué bendición de
Dios en semejante lugar solitario y
maldito!

LEOPOLDO MARÍA PANERO, 1970,

Así se fundó Carnaby Street
I like to read a murder mystery,
I like to know the killer isn't me.^[2]

ERASURE, 1991,
I love to hate you

1

Una remota ciudad de tres ríos, en el sur del hemisferio norte, sufrió una inundación el 16 de febrero de 1963. Era sábado. La ciudad se llamaba Granada. El domingo, a mediodía, las limpiadoras de un hotel encontraron muerto en la cama al huésped de la habitación 201. El Hotel Nevada Palace acababa de celebrar un baile por el sexto aniversario de su apertura. Ofrecía los más modernos servicios, cafetería, restaurante, sala de fiestas y *cocktail bar*, pero la desgracia de la 201 fue el primer asesinato cometido en una de sus doscientas cincuenta habitaciones.

No se había conocido en aquel siglo un día más lluvioso, veinte horas de lluvia hasta las siete de la tarde: 500.000 litros de agua por segundo, dijo la prensa.

El viernes 15 de febrero el oculista Federico Saura había recibido en su consulta de la calle Ganivet, frente al Hotel Nevada Palace, a un señor que se presentó a última hora para graduarse la vista. No era un hombre gordo: era globoso. Parecía pesar menos de lo que prometía su volumen y, a punto de elevarse de la silla hinchado de aire, levantaba la cabeza y aspiraba más aire. Boqueaba, pero no se movía, no cerraba los ojos. Cuando el oculista le preguntó su nombre, el paciente le dio una tarjeta de visita: Fidel Fe-

rando Sola, abogado, con domicilio en Benidorm, Alicante y Madrid. El oculista copió los datos en la ficha médica.

—¿Edad?

—Tengo una habitación en el Nevada Palace. Somos vecinos.

La voz era ronca, y Saura temió que el paciente no fuera un paciente, sino alguien enviado por el propietario de uno de los pisos de la entreplanta, donde, en el techo que servía de suelo a la consulta del oculista, había aparecido una mancha de humedad con la forma de Groenlandia, motivo de quejas y posibles pleitos. Dos albañiles y un fontanero habían comprobado que el escape de agua no procedía del piso superior, pero el propietario de la entreplanta, Zafra, un ingeniero de Montes que vivía en Madrid, se negó a aceptar el dictamen de los profesionales, alegando que sólo eran empleados de la parte que le estaba arruinando la propiedad.

—¿No ve bien?

—Me gustaría ver más claras algunas cosas —respondió el abogado.

—¿Algunas cosas? ¿Quién le ha recomendado mi consulta?

—Un amigo que quiere comprar la casa que tiene usted en la orilla izquierda del río.

Acabó la frase, abrió más la boca y los ojos de globo, y el oculista siguió a la escucha como quien oye las campanadas de un reloj, cuenta las horas dadas y al final de todas se queda esperando la última, que no llegará nunca. Ferrando pronunciaba roída la erre, esa letra que un perro irritado pronuncia mejor que los hombres.

—¿Ferrando es usted o su amigo? ¿A cuál de los dos tengo que graduarle la vista?

—Jabón o hilo verde, ¿qué más da? Todo es para la ropa —dijo como una adivinanza el visitante, que no quería graduarse la vista, sino ofrecerle al médico una cantidad ridícula de dinero por una casa a orillas del río Genil. La ofer-

ta de compraventa fue rechazada por el oculista, que no pensaba vender la antigua propiedad familiar ni siquiera por una cantidad que multiplicara por treinta el dinero que ofrecía el desconocido.

Al día siguiente el río se desbordó, inundó la casa y derribó una pared. Parecía hacerse realidad uno de los males que el desconocido sugirió como posibles en caso de que no fuera aceptada su proposición: el hundimiento de la casa a orillas del río.

A primeras horas de la mañana del sábado el aluvión empujaba árboles descuajados y arrastraba cabras, perros, mulos, sillas, un armario, incluso un simio vestido de mujer. No paraba la lluvia. Las autoridades cerraron el acceso a los puentes entre el paseo de los Basilios y los paseos del Salón y de la Bomba. El diluvio cortó el suministro de agua potable. Se inundaban las huertas. Empezaron a ser evacuadas las casas. Ramas, troncos, la greña de los matorrales, escoria y carroña superaron el primer puente y cegaron los ojos del segundo, que, a las dos de la tarde, saltó convertido en una maraña de hierros. Llovía. Las aguas rebosaron el cauce del río y anegaron glorietas y jardines. Una multitud acudió a ver el paso rojo y virulento de la crecida. Arrasó dos atracciones de feria que invernan a orillas del río Genil, y coches de choque, focas y caballos de carrusel navegaron perdidos por el paseo de San Sebastián. Un caballo se estrelló contra el muro de una casa, derribándolo. Se movilizó al ejército. Se fue la luz. Los bomberos nunca volvían a sus cuarteles. El juez de instrucción levantó dos cadáveres en una cueva del Sacromonte, hundida por la tormenta. El mismo juez, muy cansado, acudió al día siguiente a la habitación 201 del Hotel Nevada Palace.

Estaba cansado el juez, pero, maniático del deber cumplido y a pesar de que sabía que no había nada que investigar, sólo las causas médicas de una muerte repentina, hizo comparecer en la habitación 201 a las camareras que, cuando fueron a limpiar, a las once poco más o menos, según precisaron, habían descubierto el cadáver del señor Ferrando Sola. Los policías, el fotógrafo, el forense y el secretario del juzgado sabían que el levantamiento del cadáver era un trámite —especialmente molesto en domingo— que ya podía estar ventilado, pero conocían los caprichos del juez, quien por lo que se veía disfrutaba del ambiente del Hotel Nevada Palace y de la compañía del director del establecimiento, un individuo solemne y vestido de un gris funeral, como si se considerara, en razón de su cargo, deudo del huésped difunto.

Llegaron las dos mujeres, menos asustadas por el muerto que por los funcionarios, y evitaron mirar el cadáver, o mirarlo a la cara. Parecían sentir culpa, vergüenza, veneración o respeto, o quizá sólo fuera miedo o repulsión de los ojos entrecerrados y la boca abierta y seca. Olía a orina.

—¿La habitación está como la encontraron ustedes? —preguntó el juez.

—Nosotras no hemos tocado nada.

—Nada.

—¿La almohada estaba en ese sillón?

—Sí.

—No —dijo la otra limpiadora—. Estaba al lado de la cama, en el suelo.

Y se echó a llorar, como si de repente se hubiera visto implicada en un caso de asesinato y acabara de delatarse y de delatar a su compañera.

—Ponga usted la almohada donde la encontró hace tres horas —mandó el juez.

La mujer, sin dejar de llorar, la cogió con dos manos como si tomara a un recién nacido, dio tres pasos y se quedó

parada delante del forense. Parecía pedirle que se hiciera cargo de la criatura.

—¿Qué pasa? —preguntó el juez.

—Estaba ahí —dijo la mujer, señalando los zapatos llenos de barro seco del forense, que se apartó.

La mujer dejó la almohada en la alfombra y miró al juez, muy rubio. Concentrado en la almohada, se le veían las venas azules de la sien.

—Pueden irse —dijo el juez a las camareras, y miró el reloj.

Tenía hambre. Eran más de las dos. A pesar del cansancio y el mal tiempo, quería ir al fútbol, o su mujer quería que fueran al fútbol, que empezaba a las cuatro, pero le costaba salir de la habitación y de su olor a urea. El difunto era un caballero, y había elegido para morir un hotel caro, sin ruidos. El juez miró otra vez los dos teléfonos, sobre la mesita de noche y sobre el escritorio, la puerta abierta del baño, la cartera de piel del abogado Ferrando Sola, la radio tocadiscos, las maderas oscuras y los tejidos verdes, y se repitió que no había nada más que ver allí. No tengo nada más que ver, dijo en voz alta. O no quiero ver más, pensó sin decirlo.

Era joven. Aún no había tenido tiempo de equivocarse demasiado en el ejercicio de su autoridad, pero pronto no sabría si las cortinas y las tapicerías de la habitación 201 eran verdes o granate: en la memoria confundía los dos colores, y quizá lo recordó porque vio desde la puerta del Hotel Nevada Palace el edificio donde estaba la consulta de su oftalmólogo.

—A los periódicos, ni una palabra. Repito: no quiero ni una línea en los periódicos. Una muerte natural no es noticia —dijo el juez antes de subirse al coche que lo devolvería a su despacho.

—¿Hacemos la autopsia?

—Lo normal.

—¿Lo normal? —preguntó el forense, pero el chófer ya había cerrado la puerta del Seat 1400 negro.

El forense volvió al hotel. Pidió las almohadas, los almohadones, la ropa de cama de la habitación 201.

2

Habían querido comprarle otras veces la casa del río, la propiedad que la muerte accidental de sus padres le regaló, pero nunca le habían hecho una oferta tan ridícula ni una amenaza tan clara contra su vida íntima y pública. Recibirá noticias mías, le avisó el falso paciente, Ferrando, o como se llamara, y le dio tres días de plazo para decidir una respuesta afirmativa a la operación de compraventa.

En caso de que se negara a vender, podía tener la absoluta seguridad de que era un hombre acabado, social y profesionalmente, uno de esos de los que es inevitable hablar mal en todas partes. A su paso se baja la voz o se les insulta en voz alta. El trato con el tal Ferrando parecía inevitable. El abogado le había dejado su nombre y su dirección ocasional, el Hotel Nevada Palace, a veinte metros de la consulta, cruzando la calle, pero le había prohibido que lo buscara. Dispongo de tres días para rendirme y entregarle la casa, pensó el oculista, y se daba cuenta de que en aquella situación no valía su remedio habitual para los asuntos no estrictamente médicos o médicos sin solución evidente: dejar pasar el tiempo. No conocía otra manera mejor de resolver las indecisiones.

Cerrada la consulta, iba camino de casa de su novia, como todas las noches. La novia, Clara, era más una hermana, una costumbre más después de nueve años de relaciones, pero, por eso mismo, para no dañar el vínculo familiar, no podía contarle la visita de hacía media hora. ¿O sí? En la calle Reyes Católicos, frente a la óptica de los escaparates

en forma de gafas de gigante (una montura de latón y dos grandes vidrieras iluminadas), vio que era el momento de decirle todo a Clara y que, después, la vida seguiría sin excesivos cambios. No dejaría de ir cada noche a ponerle al padre de Clara las inyecciones que lo ayudaban a dormir, y no dejaría de cenar con Clara en la cocina. Beberían vino. Hablarían. ¿Se besarían? ¿Seguirían besándose? Qué más daba. Luego, si era viernes, iría al cine con Antonio, a la última sesión, de diez y media a doce y media. Y entonces, pensando en el futuro inmediato, vio que si le contaba a Clara lo que pasaba lo más probable sería que aquella noche no hubiera cine y, esa noche más que nunca, necesitaba ir al cine.

En la Gran Vía, a cien metros de la casa de Clara, había decidido no mencionar el asunto. Callaba desde hacía tres años, ¿por qué iba a abrir la boca ahora? Al cerrar la puerta del ascensor, se dio cuenta de que le temblaba la mano. Probablemente toda la ciudad sabía el secreto, y lo guardaba o lo comentaba con discreción, incluida Clara, pero ni Clara ni la ciudad le perdonarían la revelación ruidosa de la verdad. Y Ferrando había sido categórico: sin especificar cómo, el abogado le garantizó que la relación que lo unía a su amante sería de dominio público el jueves 21 de febrero.

No dijo su amigo, dijo su amante, expresión que a Saura le pareció exagerada. El decano del Colegio de Médicos y todos los colegiados, los decanos de la Facultad de Filosofía y de la Facultad de Farmacia, los miembros de los claustros de profesores, el rector de la Universidad, los familiares más próximos a los dos implicados, los propietarios del Café Granada y de la Cafetería Bib-Rambla, y el comisario Polo, a quien Ferrando consideraba íntimo amigo de Saura, recibirían un informe detallado e irrefutable de su doble vida.

En el ascensor lo miró un extraño que olía a ropa húmeda y encogía la boca como si sufriera un dolor, muy moja-

dos los hombros del abrigo. Ni siquiera había notado que le llovía a pesar del paraguas. Saura evitó el espejo. Esperando a que Clara abriera la puerta, quiso creer que lo que temía no era el descrédito personal, sino el daño que sufrirían su novia y el padre de su novia, que recibiría la noticia en su sillón de agonizante crónico. Y más temía el daño a su amigo y a la madre de su amigo. La señora presumía de ser inmortal, pero se moriría cuando le llegara al oído lo que se decía de su hijo y del amigo íntimo de su hijo.

Clara le abrió la puerta, se quejó de que llegara tan tarde. Había tenido un paciente a última hora, un señor de fuera, abogado, se justificó Saura, y se dio cuenta de que había empezado a contar lo que no podía contar. Aspiró el olor a calefacción en la casa cerrada y fría, el olor a tabaco y el olor maternal a barra de labios. La duda cambió. No se preguntó si debería hablar, sino qué debía decir: ¿que no volvería más a aquella casa, que no volvería a ver a Clara ni a su padre? Que buscaran otro novio y otro médico, o un enfermero para tomarle la tensión y ponerle las inyecciones cada noche al moribundo prematuro e interminable.